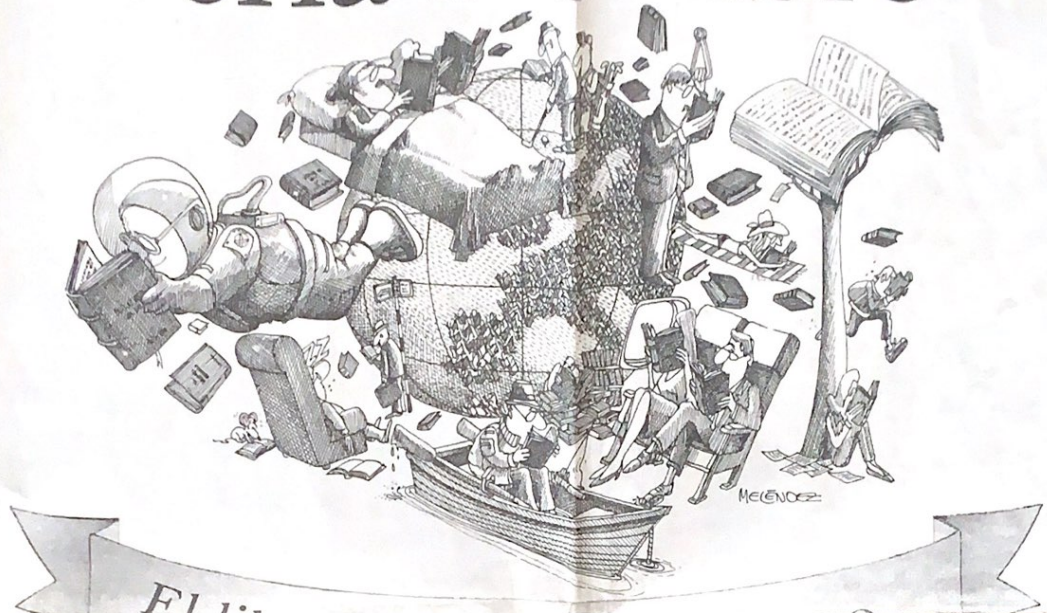


Buenos Aires, domingo 18 de abril de 1993

Feria del Libro



El libro y el mundo del futuro

Por Horacio C. Reggini

PREDECIR el futuro es tentador. Y si esas predicciones, además, están basadas en la extrapolación pura y simple de ciertas tendencias aisladas de su contexto, pueden dar origen a una serie de fantasías colectivas. El escritor norteamericano Ambrose Bierce simuló en una ocasión estas ideas en una frase irónica: "El futuro es ese período de tiempo en que nuestros asuntos prosperan, nuestros amigos son fieles y sinceros y nuestra felicidad está asegurada". Pero las fantasías son ambivalentes: a la vez que seducen con el encantamiento de lo nuevo, atenorean con los augurios de lo imprevisible.

Una de las fantasías actuales que nació, en parte, de una corriente de pensamiento que considera a la tecnología como la causa determinante de los cambios sociales - a menudo que marchamos hacia una sociedad agitada por la información, en la que los sistemas electrónicos reemplazarán finalmente al libro al status del objeto histórico.

Hay muchos tipos de libros: los que contienen conocimientos científicos, los que nos relatan historias, los que nos provocan emociones. Es indudable que la tecnología está produciendo cambios académicos, no sólo en aquellos de carácter científico o analítico, en los que los factores estéticos ocupan un segundo plano, sino también en las obras literarias, que desplazan metáforas ligadas y están estrechamente ligadas a la experiencia personal.

El cambio de la apariencia o de la presentación de un objeto cotidiano merece a algunas personas a considerarlo al nuevo mundo como una señal que anuncia el fin de la civilización tal como la conocemos. Las computadoras, en relación con la lectoescritura, no escapan a esta consideración. Cuando a principios de la década del ochenta comenzaron a utilizarse para escribir libros, cartas y documentos, muchos lo consideraron una extravagancia. Lo mismo sucede actualmente, cuando decimos que pueden utilizarse las computadoras para leer libros. Hoy ya se cuenta con libros expresamente preparados para ser leídos directamente en las nuevas computadoras personales portátiles. En ellos se puede dejar automáticamente adelantada la última página leída, marcar ciertas páginas y volver a ellas al instante, localizar todas las menciones de una determinada palabra o en que páginas aparecen simultáneamente dos o más palabras dadas, hacer anotaciones, aumentar

el tamaño de la letra o cambiar la tipografía. Annotated Alice, con comentarios de Martin Gardner al clásico Alice en el País de las Maravillas, es un ejemplo de la nueva dimensión que la tecnología puede ofrecer a la lectura.

En otras modalidades más llamativas se incorporan todas las posibilidades de interacción multimedial de las computadoras. Los modernos Living Books ofrecen escenas y relatos que adquieren vida a través de animaciones, voces y música, en los que los lectores se convierten en participantes activos de la historia, con la prerrogativa de elegir vías de acción y desarrollos alternativos. Es oportuno señalar que los autores de estos libros requieren habilidades de creatividad y estética similares a las necesarias para realizar una obra teatral o cinematográfica, que la mera tecnología no puede suplir.

Experiencias como estas y otras que demuestran la versatilidad de las nuevas tecnologías de la información brindan augurio a las inevitables posiciones extremas. Frente a quienes vaticinan enfáticamente la desaparición de la obra clásica impresa, están quienes se aferran con nostalgia al perfume de las tintas o a la textura del papel. Sin embargo, ya en repetidas oportunidades (recordemos los vaticinios que acompañaron a la aparición del gramófono, la radio, el cine y la televisión) la historia contrastó las predicciones y dejó en claro que el desarrollo de las innovaciones está mucho más íntimamente relacionado con cuestiones sociales, políticas y económicas que con cuestiones meramente técnicas. En soportes diferentes, o bajo distintas formas, el libro conservará la significación que ostentó desde los albores de su existencia. En un tratado de moral de la dinastía Yuan (1297-1367) se sancionaba a quien tirara un papel escrito o a quien leyera un libro con las manos sucias, porque se lo consideraba como un objeto sagrado. Las nuevas tecnologías en desarrollo ponen en nuestras manos limpias de hoy pantallas de cristal que constituyen instrumentos de nuevas experiencias culturales. El futuro del libro no dependerá sólo de las novedades técnicas sino de lo que cada uno de nosotros quiera hacer con ellas.

Por Santiago Kovadloff

"MENTRAS la ciencia a descubrir no alcanza el misterio de la vida, habrá poesía", aseguraba hace ya un largo siglo y medio Gustavo Adolfo Bécquer. Relámpago hoy, estos versos cobran, a la manera de los dos rostros de Jano, un doble significado. Uno lleva estampada, sobre su frente supuesta, la impronta del error. El otro expresa una verdad más que considerable.

El error evidente consiste en creer que el porvenir de la poesía exige ignorancia en materia científica. Ciertamente, en cambio, es la elíptica propuesta becqueriana que alcanza a reconocer en esos mismos versos: el porvenir de la poesía está asegurado

porque "el misterio de la vida" no puede limitarse a constituirse nunca en objeto de una descripción científica. Esto sí me parece apropiado, tan apropiado como afirmar que ese misterio lo de ser, constantemente, riquísimo dilema para el sentimiento humano y la inteligencia libre, desde donde los cuales la poesía sabrá recoger su almana, como lo supo ayer y sus cre, frutos "más duros que el hierro".

Pero el "misterio de la vida" no es un objeto, como cabe entonces concebirla de tras, si bien lo entendido de una experiencia. O, mejor aún, de una vivencia.

Nadie asegura que estar vivo constituya un hecho evidente y, a la vez, un motivo de perpetuidad. Tampoco negará nadie que el amor, más allá de las esquemáticas y convencio-

nales connotaciones que le imprimen el fervor promocional de sus adeptos circunstanciales o el desencanto feruz de sus burlados de siempre, constituye para un considerable caudal de almas venturosas, una emoción mayor y reveladora del triple enigma de la identidad personal: el de lo que yo puedo significar para otro, el de lo que, mediante otro, paso a significar para mí, y el de lo que en mí significa el otro.

Asimismo, el sentimiento de participación en una totalidad que nos rebasa e incluye, es en privativo de las sensiblerías formalmente religiosas. Cualquiera cabeza bien plantada sobre sus hombros sabe reconocer, en su propia existencia, indicio de que eso que podemos llamar, a veces con desmedida soltura, "mi vida", no es tan clara ni tan nuestra. De igual modo, esa misma cabeza sabe que una legalidad a la que nada me cuesta llamar cósmica, enlaza nuestra presencia en el mundo con ciertas realidades que van más allá de lo que tendemos a percibir o creer y a decretar como indiscutible.

De modo que todas estas vivencias conforman, al menos en parte y siempre al unísono, tanto "el misterio de la vida" como el pan de la poesía. De la poesía, entendase, antes que como género literario como aventura distintiva del espíritu que luego, según los cauces expresivos que toma en cada cual, ha de traducirse en obras literarias, ecuaciones matemáticas, propuestas pictóricas, meditaciones teológicas, hipótesis metafísicas, enunciados musicales o fórmulas químicas.

Lo que en todo caso pareciera cierto es que, por más estrecha que en algunos períodos resulte la franja poblacional abierta al repertorio de cuestiones englobadas en la expresión "misterio de la vida", ella nunca llegará a verse a merced de la extinción. En consecuencia, seguirá teniendo sentido el diálogo con ese misterio que no nutre con respuestas, pero alimenta y mucho con espléndidas preguntas.

Arraigado en estos pocos que sin embargo son tantos como para componer una Inmensa (y unamániana) minoría, se recuerdan hoy el valor del libro. Si el oportunismo editorial y la expansión a veces por la tontería encuademada fueran una amenaza mortal para la sensibilidad filosófica y estética, los cementerios tendrían ya la fama entera de los que cesaron pensar, sentir y expro-

sarse. Yo no creo, por lo tanto, que el porvenir de los libros cabales sea el de los dinosaurios, como temen muchos de los atormentados por el auge incesante de la trivialidad impresa o los que, menospreciando la técnica, identifican la pantalla de la computadora con el campanazo de la emoción de leer.

Hay una venturosa ley de las compensaciones que opera salomónicamente entre la tenaz labor proselitista que realiza la estúpidez y la atracción menos estentorea pero profunda que ejerce la inteligencia. Ello, por supuesto, no me induce a creer que la "Oda marítima" de Fernando Pessoa, o la prosa de Schopenhauer conquistarán alguna vez más lectores que las apasionadas intimidades conyugales de cualquier príncipe contemporáneo. Apenas, que Schopenhauer y Pessoa siempre tendrán lectores aunque no formen legión. Y ello es así porque la prodiga naturaleza humana insiste en generar, junto a la masa de adherentes con que cuenta lo irrevivible, un atendible número de tenaces buscadores de lo que importa buscar cuando buscar es lo que importa.

Bajo el formato que fuere, impreso en papel o comprimido en un disquette, el libro perdurará. Y la razón es clara: perdurarán los seres capaces de amar: los seres abiertos al hechizo remoto del amorocer; perdurará el don de la amistad, el virago del erotismo auténtico, que no se funda en la posesión sino en el encuentro, perdurará la delicia del nombre amado en los labios que abierto o secretamente lo pronuncian, el ideal de la libertad, la indignación ante la injusticia, la emoción del reencuentro con un hijo.

Mientras todo ello sucede, pensar será, como lo quiso el filósofo, una fiesta, y el libro que lo atestigüe vivirá y vivirá siempre un poco mejor quienes lo lean.

Creo en el poder de subsistencia y de acción de los matices, en la provechosa fortaleza de las salvaduras, en la obra fecunda de las fisuras, en el revolucionario valor de los lapsus y las digresiones que pueda sufrir el sistema y, con él, el vasto reino de lo convencional. Creo en fin que, por todo ello, vale la pena luchar tratando de influir a la educación de los países espiritualmente empobrecidos (que muchas veces son también los materialmente equitativos), una mejor disposición a comprender y transmitir lo mucho que se gana abriendo el corazón y la mente al sortilejo del "amor che muove il sole e l'altre stelle".

(C) LA NACION



N su XIX edición, la Exposición Feria Internacional de Buenos Aires El Libro del Autor al Lector, vuelve a abrir sus puertas en el tradicional predio de Figueroa Alcorta y Pueyrredón. Organizada por la Fundación El Libro, ayer quedó habilitada al público y prolongará sus actividades hasta el lunes 3 de mayo.

Entre numerosos actos, con la participación de escritores argentinos y extranjeros, se efectuará un encuentro internacional sobre el tema de la Feria 1993 "El Libro y el mundo del futuro". Se refieren a él en este número especial el ensayista y poeta Santiago Kovadloff y el ingeniero Horacio C. Reggini, investigador en el campo de computadoras y educación.